

Cuba y la UE en los entretejidos de la memoria social

Ivet González Lemes

El recuerdo más antiguo que tengo de la Unión Europea (UE) me traslada a un tiempo y lugar lejano, plagado de propaganda con los signos de la política exterior cubana de los años 90 del siglo XX. No estoy segura que haya sido la primera vez que vi el logo del círculo de estrellas amarillas sobre fondo azul, pero sé con certeza que el cartel donde estaba permaneció, quizás protegiendo a la dependienta del sol, hasta que estuvo raído y descolorido, en el vidrio que rodeada la antigua caja registradora de una farmacia en mi pueblo natal, al sur de La Habana.

Me veo, adolescente, en las interminables colas para comprar los medicamentos de mi abuela, por las que muchas veces releí aquel anuncio sobre qué era la UE con numerosas viñetas que desgranaban uno a uno los beneficios que traería el proyecto de moneda comunitaria del euro. Tiene que haber sido una tarde, soleada y polvorienta, en las que era habitual para mí hacer mandados luego de la escuela, probablemente de 1998, pues el nombre del euro fue adoptado oficialmente en 1995 y pasaron años de ajustes para que 2002 circulara en los primeros 12 países.

Esas postales que guardamos en la memoria sin razón aparente son una muestra de la huella que dejan las relaciones diplomáticas en la ciudadanía, o lo que de ellas llega a través de intermediarios más cercanos como medios de comunicación, el turismo, la migración y las organizaciones de la sociedad civil, pues el trabajo de las sedes diplomáticas nunca abarca todo el país. Justo en que permanezcan valores compartidos, ideas y mensajes en las personas, radica el fin último de la diplomacia, además de ser este espacio, el de la sociedad civil, donde se pueden mantener vivos los vínculos cuando tocan las horas turbias de los vaivenes oficiales.

Si se desempolva, ese recuerdo contiene un punto de vista interesante a explorar con motivo a los 30 años de relaciones continuadas y las perspectivas futuras entre la isla caribeña y la comunidad política de Derecho de la UE, que sigue siendo única de su tipo en el mundo y ejemplo constante de lo difícil que resulta practicar su lema de “Unida en la diversidad”. La perspectiva se ubica en la sociedad cubana durante mis 35 años. Más que desandar la geografía inhóspita de los imaginarios sociales en Cuba sobre la UE, un área por investigar, identificaré pilares poco visibles de la relación, cuya mayor parte transcurrió en el diferendo y en un país donde el acceso a la información todavía hoy resulta limitado.

Tres períodos que observo en la historia bilateral arrojan luz sobre el rol decisivo y permanente de la sociedad civil, un área que se redefinirá entre la isla caribeña y la unión de 28 países como parte del Acuerdo de Diálogo Político y Cooperación (ADPC), que desde noviembre de 2017 se aplica de manera provisional, con más de 30 áreas de cooperación para propiciar el desarrollo sostenible, la democracia, los derechos humanos, la modernización de modelo socioeconómico cubano y buscar soluciones conjuntas a retos globales.

La primera etapa, como es obvio, comenzó con el inicio de las relaciones diplomáticas en 1988, cuando existían las Comunidades Europeas, que fueron la célula madre de lo que sería en 1993 el organismo complejo y evolucionado de la UE. Entonces Cuba

integraba el bloque socialista soviético y sus relaciones privilegiadas en esa región se concentraban en la Europa del Este comunista. En lo interno, algunas organizaciones civiles comenzaban a formarse bajo el amparo restrictivo de la Ley de Asociaciones (1985), que marcó el nacimiento de un mayor número de entidades con algún grado de independencia del Estado y que pueden acceder de forma legal a financiamientos de agencias de cooperación y oenegés internacionales. Estas últimas hicieron también su aparición en el paisaje cubano en los años 90, siendo hasta hoy predominantes las de origen europeo. Para sortear la crisis económica que desde 1991 soporta la isla, el gobierno socialista abrió el país al turismo internacional y permitió la entrada de capital extranjero, donde destacan empresas del Viejo Continente, en especial de España, al punto que hoy existe una única asociación de empresarios extranjeros en Cuba y es de hispánicos.

Durante ese período que concluyó en 1996, la principal vía de acceso a la información era la prensa local, toda a manos del Estado, algunas campañas internacionales colocadas en sitios públicos por las autoridades como aquella en la farmacia, el intercambio a través de teléfono o correo postal con la población emigrada, la información que de alguna manera traía el turismo y otras fuentes de alcance barrial como las bibliotecas independientes de grupos opositores al gobierno socialista y la renta ilegal de novelas y revistas extranjeras de modas y espectáculos, donde a veces aparecía algún tibio tema político internacional, por parte de marinos, pilotos u otros trabajadores que tenían el privilegio de salir y entrar de Cuba. Recuerdo con claridad aquella revista de la Organización Nacional de Ciegos Españoles, que una vecina recibía por correo postal e incluía pequeños artículos generales, que me aportaron otros prismas de la UE a través de la experiencia española.

Por esas fuentes diversas y sin distinción del signo político del medio de comunicación, circulaban en Cuba referencias al bloque por lo general positivas: Europa había logrado la unidad que el independentista Simón Bolívar (1783-1830) soñó para América Latina, triunfó la comunidad sobre los intereses nacionales que causaron las dos guerras mundiales, la libre circulación de las personas en la zona Schengen trajo el fin de las fronteras e inaugura la era global, y la economía europea unificada puede lograr una moneda que supere al dólar estadounidense.

Empujada por la caída del campo socialista soviético, Cuba se abría al mundo y la participación europea en la vida nacional se elevaba debido a las reformas del sistema socialista realizadas a inicios de los años 90.

Pero cuando ese lazo apenas se entrecruzaba, la luna de miel se amargó tras el derribo de dos avionetas estadounidenses por fuerzas cubanas frente a las costas de la isla caribeña. En diciembre de 1996 comenzó la etapa de la Posición Común, como se conoce el documento unilateral de principios generales donde la UE condicionó profundizar su relación con Cuba a avances internos en derechos humanos y democracia. Los televisores de la época transmitieron fragmentos de las comparencias del entonces presidente español José María Aznar (1996-2004), quien promovió en el Parlamento las sanciones. La respuesta del gobierno de Fidel Castro (1926-2016) no se hizo esperar con grandes manifestaciones frente a las sedes diplomáticas de los países del bloque más a favor del condicionamiento. Lejos de despejarse los problemas,

estos elevarían el tono en 2003, cuando la UE reaccionó al arresto y fuertes condenas aplicadas a 75 opositores al gobierno socialista con medidas diplomáticas que incluyeron la invitación masiva de disidentes a celebraciones oficiales de las naciones acreditadas en La Habana.

Mientras la unión se consolidaba en Europa y superaba encrespados desafíos, su representación en La Habana entraba en una pausa que duraría 21 años a la sombra de la Posición Común. Durante la confrontación, cuando las embajadas se vaciaron de dirigentes cubanos y empleados de instituciones estatales, fueron los oenegés como la Fundación Sueca para los Derechos Humanos u Oxfam, sus contrapartes locales legalizadas o no, el empresariado europeo con inversiones aquí, la migración cubana en el Viejo Continente, las colonias europeas en Cuba y el turismo, quienes conservaron latiendo las relaciones entre la gente. A través de ellos y los a cuentagotas mejores accesos locales a la información, siguieron llegando los valores y conceptos claves que, con sus luces y sombras, la UE afinaba en su política exterior conjunta como los derechos humanos. Gracias a estos embajadores informales y a que las representaciones nunca cerraron sus puertas del todo, el bloque mantuvo un espacio en Cuba y tomó la delantera a Estados Unidos cuando en 2008 retomó la cooperación y, en abril de 2014, efectuó la primera ronda de conversaciones con La Habana con vistas al ADPC.

Ahora que Cuba dejó de ser el único país de América Latina sin un acuerdo marco con la UE, sostienen diálogos sobre derechos humanos y el bloque es el primer socio comercial, en cooperación y financiero de Cuba, el ADPC entra a redefinir sus vínculos en sociedad civil, un terreno plagado todavía de complejidades internas por la incomprensión oficial de su rol, leyes que limitan su expansión y la polarización ideológica de la sociedad cubana. Por su importancia demostrada en las horas de la discordia, la sociedad civil no será un área más de la cooperación entre La Habana y Bruselas... incluso puede ser hasta la que defina la provisionalidad del acuerdo, que aún debe trabajar por un final feliz. Pero, sin dudas, es y será la testigo más permanente de las relaciones, como el cartel de la farmacia en mi memoria.